

LIBROS

Fantasmas de importación

El problema más grave que plantean los fantasmas a quienes pretenden tener comercio con ellos es el escaso efecto de sus acciones. El duende que se ocultaba en la lámpara de Aladino era capaz de transformar objetos, de producirlos, de hacer volar a un hombre; pero el fantasma moderno sólo se presenta, se deja ver (u oír), y ahí concluye todo. Cucú. Susto, etcétera. Pero, ¿basta la simple presencia de lo ultramundano para despertar el adormecido gozo de los contemporáneos? El "match" de ajedrez entre Korchnoi y Karpov ha demostrado lo contrario. A pesar de las pruebas que presentaba el disidente sobre la manipulación de que era objeto su espíritu por parte de un mago soviético, el público en general se encogía de hombros. Chifladuras, puaf. En la actualidad, la presencia de un fantasma o de un manipulador de lo intangible se observa con rotundo escepticismo. Pero, atención, porque eso es independiente de la verdadera presencia del mago o del fantasma; es caso de opinión, de ausencia de mecanismos defensivos frente a los muertos. Fantasmas no los hubo ni cuando los había; magos nunca existieron, ni siquiera cuando dominaban a los pueblos. Pero antaño,



la creencia producía un lugar en el que se instalaban; habitaban ese rincón en donde hoy se coloca el mil veces más infrahumano televisor.

Los cuentos de fantasmas de Edith Wharton (1), admirablemente inactuales, fueron escritos creyendo que lo que acabó con la creencia en fantasmas fue la luz eléctrica; ignoraba que la creencia sólo murió tras

(1) Edith Wharton, "Relatos de fantasmas". Alianza Tres, 1978.

la aparición de unos fantasmas muertos, los fantasmas electrónicos disfrazados de locutor, de ministro o de cantante asturiano. Cuando las familias (inocentes, disminuidas, brutalmente sumisas) aceptan en casa la presente impersonalidad de tales figuras, la otra presencia, la del muerto verdadero (y no el muerto anónimo y administrativo), se esfuma. Wilde, en su "Fantasma de Canterville", adivinaba el futuro con lucidez.

Exportados como antigüedad a los EE. UU., desde Escocia o Gales, los fantasmas comenzaron a decaer a finales del siglo pasado.

Los estupendos fantasmas de Edith Wharton pertenecen ya a la generación de fantasmas nacidos en América tras la exportación de títulos nobiliarios, copias de cuadros falsos, mobiliario de segunda mano y marcas de estilográfica. Nacieron en un país que no creía en ellos

ADIOS A LAS LETRAS

La Renfe y la Academia

Los periodistas se quedaron obnubilados al ver que Carmen Conde no llevaba joyas a la sesión en que ingresó en la Real Academia de la Lengua. Las académicas llevan las joyas por dentro. La mayor parte son joyas verbales, porque las académicas no entran en ese círculo septuagenario, senadores de la lengua, por otros méritos que por los verbales. Además de las joyas del verbo, Carmen Conde llevaba las joyas morales que se adquieren en la Misa de doce, a la que ella acude todos los domingos con un paraguas discreto. Sólo Azorín se atrevió a ser académico y a usar paraguas rosa. Carmen Conde, después de la homilía y el "podéis ir en paz", no puede usar otra cosa que un traje discreto, un paraguas sobrio, y esa sonrisa que parece satisfecha de que aún quede té en la tetera, pastas en la caja de galletas y vino de Jumilla en la despensa.

Debía de ser un día otoñal en la Academia. Yo no fui, porque estaba en Valladolid mientras Miguel Delibes cazaba su perdiz. No la misma de siempre, claro, sino otra, mucho más voladora que las de costumbre. Delibes siempre caza una perdiz, y luego vuelve con las piernas destrozadas hasta el jeep que le traslada a los ruidos que odia. No me imagino a Delibes cambiando el trote lento tras su perdiz por una sesión solemne y real en una Academia cualquiera.

La Academia es como la Renfe. Llega tarde con su tren de palabras a todas las nuevas convenciones. Decide que una mujer debe habitarla, cuando ya todas las mujeres habitan en otras partes, menos en los Consejos de Ministros españoles. Y cuando las admite en su seno, las recibe como a mujeres, todos los académicos españoles deshechos en sonrisas ante la respetable dama que viene a llenar de alegría la casa en la que se lijan y se fijan los verbos.

Ha sido el triunfo de la reivindicación de la mujer, dice el ABC, que no ha sido un ejemplo de feminismo a lo largo de su límpida historia editorial, como gusta decir de sí mismo el ilustre diario heptuagenario y serrano.

Y, en efecto, fue el triunfo de la reivindicación de la mujer. A los periodistas les hizo mucha impresión que la modista de Carmen Conde fuera uno de los testigos de la ceremo-



Carmen Conde.

nia de ingreso de la cliente en la Real Academia. Todos nos han citado uno por uno los nombres de las féminas que acudieron a este acto en el que la mujer lavó por fin la afrenta de una costumbre histórica desdeñable. ¡Una mujer en la Academia!, han exclamado todos, enorgullecidos de que esta raza supere los traumas con tanta habilidad.

Casi no queda nada por lograr, habrán dicho las mujeres de este país. Con una mujer en la Academia de la Lengua, sólo falta que se legalice el aborto, se estructure el divorcio, se acepte la igualdad jurídica y laboral de la mujer, se acaben las violaciones físicas o verbales, se considere que la mujer es un ser equiparable al hombre en todas las manifestaciones de la actividad humana. Se ha logrado que entre en la Academia una mujer. Lo demás, parecen decir las crónicas, será más fácil de alcanzar.

La Real Academia Española de la Lengua se vestirá de frac muchas veces más para aceptar a la mujer en su seno. Saltarán a los aires las campanas triunfales de los editoriales simpáticos de los periódicos serios. Todos iremos juntos a festejar la entrada de la mujer en entidades tan serenas y serias. Las mujeres aceptarán el voto de los hombres —ahora también habrá, al menos, el voto de una mujer. Hasta ahora, dirán las feministas, no había ninguna mujer inmortal. Ahora habrá una que asegura que las representa a todas las que no lo han sido. No sé si doña Emilia Pardo Bazán aceptará, desde su distancia galaica, esa delegación que se adjudica la académica cartagenera. ■ SILVESTRE CODAC.